

Declaración del Día del Trabajo

Costos humanos y desafíos morales de una economía quebrada

Mons. Stephen E. Blaire

Obispo de Stockton

Presidente del Comité de Justicia Nacional y Desarrollo Humano

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

5 de septiembre de 2011

Cada año, los estadounidenses celebramos el Día del Trabajo como un feriado nacional para honrar a los trabajadores. Este año, sin embargo, es menos un tiempo de celebración que un tiempo para la reflexión y la acción en lo relativo a la crisis económica y a las dificultades que sufren los trabajadores y sus familias. Para los católicos, también es una oportunidad para recordar las enseñanzas de la doctrina social católica sobre la dignidad del trabajo y los derechos de los trabajadores. En este Día del Trabajo, los datos económicos son crudos y los costos humanos son reales: millones de nuestros hermanos y hermanas no tienen trabajo, crían a sus hijos en la pobreza y viven obsesionados por el miedo a perder su seguridad económica. Estos problemas no se limitan a lo económico, son tragedias humanas, desafíos morales y pruebas para nuestra fe.

Al acercarnos al Día del Trabajo 2011, más de 9 por ciento de los estadounidenses está buscando empleo y no lo encuentra. Otros trabajadores temen perder sus puestos. El desempleo es mucho más alto para los afroamericanos y los hispanos. Para muchos, los salarios no aumentan el mismo paso que el costo de la vida. Numerosas familias han perdido sus hogares, mientras otras deben por sus casas más dinero de lo que valen. Los trabajadores sindicalizados son parte de un movimiento trabajador menor y sufren los esfuerzos por restringir los derechos de negociación colectiva. Pasar hambre y no tener techo es moneda corriente para muchos niños. La mayoría de los estadounidenses teme que nuestra nación y nuestra economía se encaminen en una dirección equivocada. Muchos se sienten confundidos y consternados por la polarización respecto a cómo nuestra nación puede trabajar unida para lidiar con el desempleo y la disminución de los salarios, las deudas y los déficit, el estancamiento económico y las crisis financieras mundiales. Los trabajadores tienen razón en sentir preocupación y miedo por el futuro. Estas realidades están en el corazón de las preocupaciones y oraciones de la Iglesia en este Día del Trabajo. Como insistió el Concilio Vaticano II: las ‘tristezas y las angustias’ de los hombres de nuestro tiempo, “sobre todo de los pobres y de cuantos sufren... son tristeza y angustias de los discípulos de Cristo” (*Gaudium et spes*, 1).

Todos estos desafíos tienen dimensiones económicas y financieras, pero inevitablemente también tienen costos humanos y morales. Este Día del Trabajo debemos ir más allá de los indicadores económicos, de los descabros bursátiles y de los conflictos políticos, para centrarnos en las cargas, a menudo invisibles, que llevan los trabajadores promedio y sus familias, muchos de los cuales son perjudicados, desalentados y dejados atrás por esta economía.

Hace ciento veinte años, en la época de la Revolución Industrial, los trabajadores también enfrentaron grandes dificultades. El Papa León XIII, en su pionera encíclica *Rerum novarum*, identificó la situación de los obreros como el desafío moral clave de su época. Esta carta ha sido la piedra angular de la doctrina social católica por más de un siglo y es fuente de inspiración de la declaración del Día del

Trabajo de este año. Esta oportuna encíclica elevó la dignidad inherente de los obreros, en medio de grandes cambios económicos. La poderosa carta del Papa León rechazó el capitalismo salvaje que privaría a los obreros de la dignidad humana otorgada por Dios, y también el peligroso socialismo que le daría poder al Estado sobre todo lo demás y destruiría la iniciativa humana. Esta encíclica es famosa por el profético llamado de León XIII a la Iglesia pidiendo el apoyo de las asociaciones de obreros para proteger a los trabajadores y velar por el bien común.

Los costos humanos de una economía quebrada

Cuando vemos la situación de los desempleados y de muchos trabajadores, no solo vemos a individuos en crisis económica, sino a familias y comunidades enteras que sufren. Vemos una sociedad que no puede usar el talento y la energía de toda la gente que puede y debe trabajar. Vemos una nación que no puede asegurarle a la gente que trabaja mucho todos los días que sus salarios y prestaciones puedan mantener a una familia dignamente. Vemos un lugar de trabajo en el que muchos tienen poca participación y no sienten que están contribuyendo a un proyecto común o al bien común. Una economía que no puede ofrecer empleos, sueldos decentes, beneficios sociales ni un sentido de participación y contribución a sus trabajadores, está quebrada. Los signos de esta economía quebrada están a nuestro alrededor:

- Casi 14 millones de trabajadores están desempleados. Vemos los relatos y las fotos de cientos, incluso miles, haciendo fila para tener la oportunidad de solicitar un empleo. Actualmente hay más de cuatro desempleados por cada puesto vacante. Muchos se han dado por vencidos y han dejado de buscar empleo.
- Hay cada vez más niños (más de 15 millones) y familias que viven en la pobreza. Esto no significa que les falta el videojuego que está de moda, significa que les faltan recursos para cubrir las necesidades básicas: alimento, vivienda, ropa y demás.
- Los jóvenes se gradúan de la universidad con una deuda considerable y casi sin posibilidades de obtener un trabajo. Millones más, sin educación superior o capacitación especializada, son empujados a los márgenes de la vida económica. Casi la mitad de los desempleados no ha tenido empleo en más de seis meses, y muchos han perdido la esperanza de encontrar trabajo.
- Nuestra nación enfrenta un déficit insostenible y una deuda cada vez mayor, que agobiará a nuestros hijos por décadas.
- Está creciendo la brecha de riqueza e ingresos entre los pocos relativamente prósperos y los muchos que sufren carencias.
- El crecimiento económico es tan lento que nuestra nación no se recupera de la crisis económica, y a los empleadores y a los empleados les cuesta encontrar oportunidades y corresponder a ellas.
- Las tensiones económicas dividen y polarizan aun más nuestra nación y nuestra vida pública con ataques a los sindicatos, inmigrantes y grupos vulnerables.
- La fragilidad e inestabilidad económica aumentan el miedo, la incertidumbre y la inseguridad de los jubilados, de las familias y de las empresas.
- La economía global está perjudicando a la gente más pobre de los lugares más pobres del planeta, generando cada vez más hambre, inanición y desesperanza.
- El estancamiento económico restringe la creatividad, la iniciativa y la inversión de quienes podrían mejorar el panorama pero que hoy están cautivos de las exigencias por generar ganancias a corto plazo, de la incertidumbre y otras obstáculos.

Estos fracasos y problemas no son solo económicos, sino también éticos. No son solo institucionales, sino también personales. La economía es una interacción increíblemente compleja entre mercados, intereses, instituciones y estructuras en manos de gente que toma innumerables decisiones en base a diversas obligaciones, expectativas, intenciones y opciones. Las instituciones financieras que se suponían responsables, no lo fueron. Algunas buscaron ganancias a corto plazo e ignoraron las consecuencias del largo plazo. Algunos individuos también tomaron decisiones irresponsables, dejando que su deseo por las cosas, la avaricia y la envidia nublaran su criterio y su capacidad financiera. Como resultado, la gente perdió empleos, viviendas, ahorros, fondos para la jubilación y mucho más. Es más, se perdió la confianza. Todavía estamos pagando los tremendos costos económicos y morales de estos fracasos. La deshonestidad, la irresponsabilidad y la corrupción deben dar paso a la integridad, la responsabilidad y a lo que el Papa Benedicto llama el principio de “gratuidad”, un tipo de generosidad que se centra en el bien de los demás y en el bien común. Como dijo en su encíclica *Caritas in veritate*: “Sin formas... de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica. Hoy, precisamente esta confianza ha fallado, y esta pérdida de confianza es algo realmente grave” (35).

Doctrina de la iglesia sobre el trabajo y los trabajadores

Nuestra fe nos ofrece una manera especial de ver esta economía quebrada. Desde los profetas del Antiguo Testamento hasta el ejemplo de la Iglesia primitiva que leemos en el Nuevo Testamento, aprendemos que Dios se interesa por los pobres y los vulnerables, y que mide la fe de la comunidad por cómo ésta trata a los marginados. En su paso por la tierra, Jesús nos enseñó el significado de la dignidad del trabajo y dijo que seremos juzgados por nuestra respuesta a los “más pequeños” (*Mt 25*). Los cristianos necesitamos estudiar detenidamente lo que Jesús enseñó sobre el uso del dinero y de la riqueza, sobre un espíritu de corresponsabilidad y desapego, sobre la búsqueda de la justicia, sobre el cuidado de los necesitados y sobre el llamado a buscar y construir el Reino de Dios. Nuestra Iglesia, basada en estos valores de la Sagrada Escritura, se ha centrado en el trabajo, en los obreros y en la justicia económica en una serie de encíclicas papales, comenzando con la *Rerum novarum*.

Esta larga tradición sitúa el trabajo en el centro de la vida social y económica. En el marco de la doctrina católica, el trabajo tiene dignidad inherente porque nos ayuda no solo a cubrir nuestras necesidades y mantener a nuestras familias, sino también a participar de la creación de Dios y contribuir al bien común. La gente necesita trabajar no solo para pagar las cuentas, poner comida en la mesa y tener donde vivir, sino también para expresar su dignidad humana, y enriquecer y fortalecer la comunidad (*Gaudium et spes*, 34). El trabajo representa “la colaboración del hombre y de la mujer con Dios en el perfeccionamiento de la creación visible” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 378).

Durante el último siglo, la Iglesia ha advertido una y otra vez sobre los peligros morales, espirituales y económicos del desempleo generalizado. Según el *Catecismo*: “La privación de empleo... es casi siempre para su víctima un atentado contra su dignidad y una amenaza para el equilibrio de la vida. Además del daño personal padecido, de esa privación se derivan riesgos numerosos para su hogar” (2436). Uno de los aspectos más alarmantes del debate público actual es la escasez del enfoque en el desempleo generalizado y en qué hacer para que la gente consiga empleo. En *Gaudium et spes*, el Concilio Vaticano II declaró que “es deber de la sociedad... ayudar, según sus propias circunstancias, a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad de un trabajo suficiente” (67). Como nos advierte el Papa Benedicto: “El estar sin trabajo durante mucho tiempo, o la dependencia prolongada de la asistencia pública o privada, mina la libertad y la creatividad de la persona y sus relaciones familiares

y sociales, con graves daños en el plano psicológico y espiritual” (*Caritas in veritate*, 25). Una sociedad que no puede usar el trabajo y la creatividad de tantos de sus miembros fracasa económica y éticamente.

Los trabajadores y sus sindicatos: afirmación y desafío

Desde la *Rerum novarum*, la Iglesia ha apoyado sistemáticamente los esfuerzos de los obreros por unirse para defender sus derechos y proteger su dignidad. El Papa León XIII enseñó que el derecho de los obreros a afiliarse a un sindicato se basa en un derecho natural y es, por tanto, obligación del gobierno garantizarlo y no conculcarlo (*Rerum novarum*, 35). Esta enseñanza ha sido ratificada sistemáticamente por sus sucesores. El Papa Juan Pablo II, en su poderosa encíclica *Laborem exercens*, observó que los sindicatos tienen como finalidad la “defensa de los intereses existenciales de los trabajadores en todos los sectores, en que entran en juego sus derechos... Son un elemento indispensable de la vida social, especialmente en las sociedades modernas industrializadas” (20). Más recientemente, en *Caritas in veritate*, el Papa Benedicto XVI dijo: “la invitación de la doctrina social de la Iglesia, empezando por la *Rerum novarum*, a dar vida a asociaciones de trabajadores para defender sus propios derechos ha de ser respetada, hoy más que ayer...” (25).

Ha habido algunos esfuerzos, como parte de conflictos más amplios sobre los presupuestos estatales, por eliminar o restringir los derechos de los trabajadores a la negociación colectiva, así como limitar el papel de los sindicatos. Obispos en Wisconsin, Ohio y en otros lugares han subrayado fiel y cuidadosamente la enseñanza de la doctrina católica respecto a los derechos de los obreros, sugiriendo que las épocas difíciles no deben llevarnos a ignorar los derechos legítimos de los obreros. Sin por ello refrendar todas las tácticas de los sindicatos ni todos los resultados de las negociaciones colectivas, la Iglesia ratifica los derechos de los obreros en los ámbitos público y privado a formar un sindicato o afiliarse a uno, a la negociación colectiva y a tener voz en los centros de trabajo.

La relación de la Iglesia con el movimiento obrero es a la vez de apoyo y cuestionamiento. Nuestra Iglesia continúa enseñando que los sindicatos son un instrumento eficaz para proteger la dignidad del trabajo y los derechos de los obreros. En el mejor de los casos, los sindicatos son importantes no solo por la protección económica y los beneficios que pueden ofrecer a sus miembros, sino por la voz y participación que pueden ofrecer a los trabajadores. Son importantes no solo por lo que logran por sus miembros, sino también por su contribución a toda la sociedad.

Esto no significa que todo resultado de negociaciones sea responsable ni que todas las acciones de determinados sindicatos –o de los empleadores– ameriten apoyo. Los sindicatos, al igual que otras instituciones humanas, pueden ser mal utilizados o abusar de su función. La Iglesia ha instado a los líderes del movimiento obrero a evitar las tentaciones de una excesiva inclinación partidista y de la búsqueda de intereses mezquinos. Los trabajadores y sus sindicatos, lo mismo que los empleadores y sus empresas, tienen la responsabilidad de buscar el bien común y no atender solo a sus propios intereses económicos, políticos o institucionales.

La enseñanza de que los trabajadores tienen derecho a formar sindicatos o afiliarse a otras asociaciones sin interferencia o intimidación es contundente y sistemática. Al mismo tiempo, algunos sindicatos en algunos lugares han adoptado posturas públicas que la Iglesia no puede apoyar –y que muchos de sus miembros tampoco apoyan– que poco tienen que ver con el trabajo o con los derechos de los obreros. Los dirigentes de la Iglesia y del movimiento obrero no pueden evitar estas diferencias, pero deberían tratarlas en un diálogo franco y respetuoso. Esto no debe impedir que trabajen por separado y juntos para

defender las prioridades comunes de proteger los derechos de los trabajadores, de abogar por la justicia social y económica y de vencer la pobreza y crear oportunidades económicas para todos.

Solidaridad con los pobres y vulnerables

En este Día del Trabajo, nuestra nación enfrenta un debate polémico y necesario sobre cómo reducir la deuda insostenible y los déficit, promover y fortalecer la economía, crear puestos de trabajo y reducir la pobreza. En este continuo debate sobre cómo distribuir exiguos recursos y compartir los sacrificios y las cargas, nuestra fe ofrece un claro criterio moral: poner en primer lugar los pobres y vulnerables.

Es por esto que los obispos católicos de los Estados Unidos se han unido con otras iglesias cristianas en una iniciativa sin precedentes para formar un “Círculo de Protección” para defender, mejorar y fortalecer programas esenciales que protegen la vida y la dignidad de los pobres y vulnerables. La declaración llama a evaluar “cada propuesta presupuestaria en base a cómo trata a quienes Jesús llamó ‘los más pequeños’ (Mt 25,45)”. Estos líderes cristianos también insisten:

Una tarea fundamental es crear trabajos y estimular el crecimiento económico. Un trabajo decente con un sueldo decente es el mejor camino para salir de la pobreza, y recuperar el crecimiento es una poderosa manera de reducir los déficit.

En nuestras cartas al Congreso, los obispos escribimos como pastores y maestros, no como expertos ni afiliados a algún partido. Reconocemos la obligación de poner en orden nuestra casa financiera y sugerimos que:

Un marco justo para futuros presupuestos no puede basarse en recortes desproporcionados en servicios esenciales para los pobres. Requiere que todos compartamos los sacrificios, incluyendo un aumento adecuado de los ingresos, la eliminación de gastos militares innecesarios y afrontar, en lo posible, los costos a largo plazo de seguro médico y programas de retiro.

Pensamos que es una medida moral de este debate presupuestario no es qué partido gana o qué intereses poderosos vencen, sino cómo los desempleados, los hambrientos, los sin techo y los pobres son tratados. Sus voces suelen no escucharse en estos debates, pero ellos tienen el reclamo moral más convincente en nuestra conciencia y en nuestros recursos comunes.

Marco católico para la vida económica

Para reconstruir la confianza en la vida económica, responder al sufrimiento de los desempleados y los miedos de tanta gente en nuestra nación, nuestra fe católica nos ofrece un conjunto de directrices morales claras en un Marco católico para la vida económica. Este útil marco insiste: “La economía existe para la persona, no la persona para la economía” y hace eco a la voz del Papa Juan Pablo II:

la tradición católica llama a “una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación” que no “se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad (*Centesimus annus*, 35).

Para seguir adelante: la búsqueda de la acción común

Algunas veces los problemas económicos sacan a flote lo peor de nosotros. La incertidumbre y el miedo nos obligan a luchar por nuestros intereses personales y a preservar nuestras ventajas. En la política y en la economía suele obtenerse provecho de las excesivas críticas y acusaciones a los demás y a sus acciones. Hemos visto esfuerzos por limitar o abolir elementos de la negociación colectiva y restringir las funciones de los trabajadores y sus sindicatos. Algunos demonizan al mercado o al gobierno como la fuente de todos nuestros problemas económicos. Los inmigrantes han sido culpados injustamente por algunos de los problemas económicos actuales. Demasiado a menudo, las voces más fuertes reciben la atención y se produce el círculo vicioso predecible de culpa y evasión, pero hay pocas acciones eficaces dirigidas a resolver los problemas fundamentales.

Existe otra manera de responder a la difícil situación en que nos encontramos. Podemos comprender y actuar como parte de una sola economía, una sola nación y una sola familia humana. Podemos reconocer nuestra responsabilidad por las acciones –grandes o pequeñas– con las que hemos contribuido a esta crisis. Podemos asumir la responsabilidad de trabajar unidos para superar el estancamiento económico y todo lo que viene con él. Podemos respetar claramente la legitimidad y las funciones de los demás en la vida económica: comercial y laboral, del sector privado y público, de instituciones con y sin fines de lucro, religiosas y académicas, de la comunidad y del gobierno. Podemos evitar cuestionar las intenciones de los demás. Podemos defender nuestros principios y prioridades con convicción, integridad, cortesía y respeto por los demás. Podemos buscar puntos en común y aspirar al bien común. Podemos animar a todas las instituciones en nuestra sociedad a que trabajen juntas para reducir el desempleo, promover el crecimiento económico, superar la pobreza, aumentar la prosperidad, llegar a un acuerdo y hacer los sacrificios necesarios para comenzar a curar nuestra quebrada economía.

La seriedad y el peligro de la situación económica actual exigen un compromiso de todos los sectores para unirse, idear y reconstruir una economía más fuerte que garantice la dignidad de todos, especialmente ofreciendo oportunidades laborales. Ninguna entidad puede salvar la economía por sí sola, y todas las instituciones deben ir más allá de sus intereses particulares. Para poder tomar medidas coordinadas y de conjunto, se deben abrir o fortalecer líneas de diálogo entre los gobernantes, empresarios, sindicatos, inversores, entidades financieras, instituciones educativas y sanitarias, filántropos, comunidades religiosas, desempleados y quienes viven en la pobreza, de modo que se pueda establecer una base común para buscar el bien común en la vida económica. Como han dicho muchas veces los obispos católicos: “El proceder católico es reconocer el rol esencial y las responsabilidades complementarias de las familias, las comunidades, el mercado y el gobierno para trabajar juntos en la superación de la pobreza y el fomento de la dignidad humana” (*Un lugar en la mesa*, 18).

Conclusión: palabras de esperanza y compromiso

Para los cristianos no es suficiente reconocer las dificultades actuales. Somos un pueblo con esperanza, comprometido a rezar, a ayudar a los que enfrentan dificultades y a colaborar con otros para construir una economía mejor. Nuestra fe nos da fuerza, dirección y confianza para estas tareas. Como nos anima el Papa Benedicto:

En nuestra tierra hay lugar para todos: en ella toda la familia humana debe encontrar los recursos necesarios para vivir dignamente, con la ayuda de la naturaleza misma, don de Dios a sus hijos, con el tesón del propio trabajo y de la propia inventiva (*Caritas in veritate*, 50).

Debemos recordar que en el centro de todo lo que hacemos como creyentes debe estar el amor, ya que el amor es lo que honra la dignidad del trabajo como participación en la creación de Dios, y el amor es lo que valora la dignidad del trabajador, no solo por la labor que realiza, sino sobre todo por la persona que es. Este llamado de amor es también una obra de fe y una expresión de esperanza.

En este Día del Trabajo de 2011, estamos inmersos en una crisis económica continua y se nos llama a renovar nuestro compromiso con la tarea que Dios nos dio de defender la vida y la dignidad de la persona, enaltecer el trabajo y defender a los trabajadores con esperanza y convicción. Éste es un momento para la oración, la reflexión y la acción. En las palabras de nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI:

La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso, a apoyarnos en las experiencias positivas y a rechazar las negativas. De este modo, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo. (*Caritas in veritate*, 21).